

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

NUEVO LEÓN RECIBE A DON VENUSTIANO
El Primer Jefe llega en triunfo a Monterrey;
conflicto con el gobernador del estado, general Villarreal

UN GRAN BAILE A VILLA EN SALTILLO

VILLA Y COSS, BAILADORES INCANSABLES
Durante toda la fiesta, los dos generales no cesaron
de bailar con las más guapas damas de la ciudad

CAPÍTULO VIII

Fue un baile rumboso el dado por la sociedad de Saltillo al general Francisco Villa. Desde que empezó la fiesta, el general Villa no perdió de bailar una sola pieza, haciéndole competencia solamente al general Coss.

Villa, vestido con su traje de campaña, tomaba una tras de otra muchacha de la sociedad de Saltillo, y parecía entusiasmado más y más. El jefe de la División del Norte, bailaba dando pequeños saltos, pero no por ello perdía el compás. A veces se mecía suavemente llevando a su pareja de un lado a otro del salón. Los valeses, especialmente, parecían entusiasmarle. Cuando

terminaba una pieza, cortésmente llevaba a su compañera al sitio de donde la había tomado, le daba ceremoniosamente las gracias e iba en busca de otra, haciendo que la música tocara sin descanso.

Hubo momentos en que todas las parejas suspendieran el baile, para dejar el salón libre a los generales Villa y Coss, quienes entre los aplausos de la concurrencia, bailaron seguidamente dos o tres bailes.

La fiesta terminó por reconciliar al general Villa con los jefes de la División del Noreste, quienes regresaron a Monterrey, para esperar la llegada del señor Carranza.

CÓMO CONOCIÓ VILLARREAL AL SEÑOR CARRANZA

Cuando el Primer Jefe Venustiano Carranza llegó a Saltillo y anunció su viaje a Monterrey, el general Villarreal, acompañado de los principales jefes de la comandancia militar bajo sus órdenes, se trasladó a la línea divisoria de los estados de Nuevo León y Coahuila, con el objeto de recibir a don Venustiano.

El general Villarreal había conocido al señor Carranza a fines de 1911 en la Ciudad de México.

Un día se encontraba Villarreal en el restorán Gambrinus, acompañado de Juan Sarabia y de otros amigos, cuando vio a Carranza, llevando del brazo al ex gobernador de Coahuila Miguel Cárdenas.

Carranza y Cárdenas pasaron muy cerca de la mesa que ocupaban Villarreal y sus amigos, y el entonces coronel maderista, poniéndose en pie y levantando una copa de vino, dijo, dirigiéndose a don Venustiano:

—*Brindo porque don Venustiano Carranza castigue al ex gobernador ladrón de Coahuila, Miguel Cárdenas.*

Cárdenas era odiado por todos los revolucionarios del norte del país, no sólo por haber sido una de las columnas del porfirismo, sino también porque tenía fama de haber hecho fabulosos negocios a la sombra de su gobierno.

Don Venustiano, al escuchar las palabras de Villarreal, bajó la vista, saludó atentamente a los maderistas que se encontraban con el coronel, y seguido de Cárdenas, quien visiblemente se había contrariado por el brindis de Villarreal, salió del Gambrinus.

LA CALLE DE LOS PORFIRISTAS

Horas después, Villarreal salió a la calle de Plateros, encontrándose en una esquina con el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, quien, presuroso, cruzaba la calle.

—*Compañero, venga con nosotros a dar una vuelta* —invitó Villarreal a Soto y Gama.

—*Imposible compañero, yo nunca ando por Plateros, que es la calle de los porfiristas.*

Y Soto y Gama, quien en realidad prefería hacer grandes rodeos antes que caminar por la calle de Plateros, se despidió de Villarreal y de Sarabia, para huir de la odiada avenida.

Villarreal y Sarabia, continuaron el paseo por Plateros, encontrándose con un grupo de revolucionarios que rodeaba a Carranza, y entre los cuales estaba Camilo Arriaga.

Don Venustiano conversaba animadamente con los revolucionarios, cuando Villarreal le interrumpió, preguntando:

—*Señor Carranza, ¿por qué no ha metido usted a la cárcel a Miguel Cárdenas? Se trata de un ladrón...*

—*No; don Miguel Cárdenas no es ladrón* —contestó tranquilamente Carranza, agregando: —*Lo que pasa es que el señor Cárdenas es un hombre muy hábil para los negocios, y estando en el gobierno de Coahuila, ha sabido aprovechar su habilidad y su influencia para enriquecerse.*

El coronel insistió en la necesidad de que el nuevo régimen castigara a Cárdenas, pero como Carranza volviera a defenderlo, Villarreal, un poco molesto, se despidió del futuro Primer Jefe, y continuó el paseo por Plateros.

EN EL PALACIO NACIONAL

Varios meses después Villarreal volvió a encontrar a Carranza en el Palacio Nacional. Acompañado de Camilo Arriaga, esperaba ser recibido por el señor Madero, cuando don Venustiano llegó a Palacio, y al ver al coronel, se dirigió a éste, preguntándole si deseaba ver a don Francisco. Como Villarreal contestara afirmativamente, Carranza lo invitó a que pasara junto con él al despacho del presidente.

Las rupturas en el constitucionalismo

En el despacho presidencial, el señor Madero conversaba con Alberto L. Guajardo, y pudo enterarse entonces de que Carranza había nombrado a Guajardo jefe de las fuerzas irregulares en el estado de Coahuila, lo cual no dejó de sorprender al coronel Villarreal, ya que Guajardo, ocupando la jefatura política de Múzquiz durante el régimen porfirista, había sido uno de los hombres que más encarnizadamente habían perseguido a los revolucionarios.

Desde esa ocasión, Villarreal no había vuelto a ver a Carranza hasta el momento en que éste pisaba, a principios de junio de 1914, territorio del estado de Nuevo León.

CARRANZA EN MONTERREY

Don Venustiano dispensó grandes atenciones al general Villarreal desde el momento en que éste subió al tren del Primer Jefe para continuar junto con él el viaje a Monterrey, en donde se hizo a Carranza una entusiasta recepción.

Uno de los primeros problemas que trató el gobernador Villarreal con el Primer Jefe fue el referente a los choques que habían tenido las fuerzas al mando de Villarreal con las tropas a las órdenes del general Jesús Carranza, quien desempeñaba la jefatura de la guarnición de Nuevo Laredo.

Don Jesús carecía de la energía suficiente para mantener disciplinadas sus fuerzas, dando esto origen a que algunos de sus oficiales y soldados se dedicaran a robar el ganado de las haciendas de Nuevo León para venderlo en los Estados Unidos. Villarreal, convencido de que Jesús era impotente para evitar esos robos, había dado órdenes al mayor Jesús Soto para que persiguiera y castigara a los abigeos.

Cuando el Primer Jefe se enteró el conflicto, dijo a Villarreal:

—*No se qué le pasa a Jesús que no puede castigar a esos bandoleros a sus órdenes; y ya le voy a dar otra comisión. ¿A quién me sugiere, general, para que ocupe el puesto de Jesús en Nuevo Laredo?*

—*Al coronel Reynaldo Garza* —le contestó Villarreal.

El Primer Jefe dispuso que desde luego su hermano Jesús fuera nombrado jefe de la División del Centro, mientras que el coronel Garza ocuparía la comandancia de Nuevo Laredo.

EL CONFLICTO RELIGIOSO EN NUEVO LEÓN

Desde que se había instalado en Monterrey, en la residencia de don Luis Guimbarde, el señor Carranza invitaba casi diariamente a su mesa al gobernador y comandante militar del estado.

En una ocasión, Carranza dijo a Villarreal, que el cónsul de los Estados Unidos en Saltillo se había presentado ante la primera jefatura del ejército pidiendo que se dieran garantías a los sacerdotes que estaban siendo expulsados del estado de Nuevo León.

Villarreal contestó al señor Carranza, informándole con amplitud de las actividades del clero en contra de la revolución constitucionalista y en apoyo del gobierno huertista, hecho que consideraba contrario a lo establecido por las leyes de la República, e indicándole, al mismo tiempo, que estaba dispuesto a continuar la política que en esa materia había desarrollado.

Seguramente que Carranza no quedó convencido del todo, ya que días después comisionó al licenciado Luis Cabrera para que hablara con Villarreal sobre el particular y rindiera a la primera jefatura un informe para contestar a la queja que había formulado el cónsul americano.

El gobernador de Nuevo León puso a disposición del comisionado toda la documentación que poseía sobre las actividades del clero, al mismo tiempo que hacía saber a Cabrera la resolución de no cambiar de frente en la política que había seguido, ya que antes de una retractación, prefería presentar su renuncia de gobernador y comandante militar.

Cabrera examinó la documentación que había puesto en sus manos Villarreal, y días después, comunicó a éste que estaba convencido de la razón que asistía al gobierno de Nuevo León para proceder en la forma que había procedido, y que así se lo comunicaría al señor Carranza. Y no solamente informó a Carranza sobre el resultado de la comisión que había recibido, sino que también escribió un opúsculo justificativo para la política de Villarreal.

BROMAS PESADAS ENTRE PANI Y CABRERA

Muy a menudo, durante su estancia en Monterrey, Carranza pasaba días enteros en la finca El Mirador, que había sido propiedad del general Bernardo Reyes. Don Venustiano no sólo gustaba de ir a El Mirador para gozar de un

clima ideal y para descansar, sino que no ocultaba que continuaba teniendo una gran devoción por el general Reyes, quien había sido su protector y amigo. Hacía el viaje a El Mirador, acompañado, generalmente, por Villarreal y el licenciado Cabrera. Más tarde le acompañaba también el ingeniero Alberto J. Pani. Para llegar a la finca del general Reyes, había que subir, en automóvil, una empinada cuesta.

En uno de tantos viajes, el automóvil en que viajaban Carranza, Villarreal, Cabrera y Pani, estuvo a punto de rodar al precipicio. En el trayecto, Cabrera había ido mortificando al ingeniero Pani, con bromas bien pesadas, de las que Pani se habría de vengar.

Sucedió, que habiendo llegado a una parte del camino en el que el auto no podía seguir ascendiendo, el ingeniero Pani bajó del coche para empujarlo pero como las fuerzas del más tarde ministro de varios ministerios, no fueran suficientes para ello, bajó también Cabrera a cooperar en la tarea, y por fin, el general Villarreal vino en auxilio de ambos. Cuando ya el trío creía haber vencido, el coche derrapó, y una de las ruedas quedó en el vacío. Carranza, sereno, se dio cuenta del gran peligro que había corrido.

Cabrera, Villarreal y Pani hicieron un supremo esfuerzo para poner las ruedas del coche sobre el camino, y lo lograron. Pani, entonces, limpiándose la sudorosa frente, y dirigiéndose a Cabrera, le dijo maliciosamente:

—*Luis, se le fue de nuevo la presidencia...*

Con estas palabras, Pani había querido decir a Cabrera que habiéndose salvado de la muerte el señor Carranza, se había perdido la oportunidad de que Cabrera ascendiera a la primera jefatura que, según se decía entre los jefes militares, constituía la ambición de don Luis.

PRELIMINARES DEL ROMPIMIENTO CON VILLA

Después de una corta permanencia en Monterrey, el Primer Jefe se trasladó a Saltillo, con el objeto de organizar a las fuerzas constitucionalistas que habían de avanzar hacia la capital de la República.

Se encontraba Carranza dedicado a esta tarea, cuando los generales Pablo González y Antonio I. Villarreal, quienes permanecían en Monterrey, recibieron un mensaje de don Venustiano, ordenándoles que violentamente se trasladaran a Saltillo.

Ya en Saltillo, el señor Carranza expresó a los generales González y Villarreal su creencia en un inevitable rompimiento con las fuerzas de la División del Norte. El Primer Jefe mostró a ambos generales un mensaje firmado por los generales de la división villista, que acababa de recibir, en el cual éstos prácticamente le desconocían como jefe de la revolución.

Carranza se encontraba sumamente excitado, no pudiendo ocultar su odio al general Francisco Villa, a quien llamaba bandido, al mismo tiempo que culpaba a general Felipe Ángeles como el responsable de la actitud asumida por los generales de la División del Norte. El Primer Jefe pidió tanto a González como a Villarreal, le dieran su opinión sobre la actitud de Villa y de sus generales; pero tanto González como Villarreal, pidieron dar esa opinión horas más tarde, y después de haber meditado serenamente sobre el problema.

GABINETE DE COALICIÓN

Cuando el general Villarreal regresó a la residencia del Primer Jefe, éste, inquietamente, le preguntó:

—*¿Qué opina usted, general sobre el problema que les he planteado?*

—*Señor Carranza, en mi concepto el acto de indisciplina que han cometido los generales de la División del Norte se debe a que no ha sido formado el gobierno de la revolución, cosa que considero indispensable que se realice lo más pronto posible. Por más grande que sea el prestigio que usted goza, no es suficiente para guardar la necesaria coordinación de todos los grupos revolucionarios. Yo me permito opinar, que usted debería proceder a la formación de su gabinete con los hombres más prestigiados de todas las facciones en lucha.*

—*¿De todas, dice usted?* —preguntó con viveza don Venustiano.

—*Así lo creo, señor Carranza* —contestó Villarreal.

—*¿Y quiénes cree usted que podrían ser las personas más adecuadas para que integraran el gabinete?* —agregó don Venustiano.

—*Desde luego, don Fernando Iglesias Calderón para Relaciones, y el licenciado Luis Cabrera para Hacienda* —propuso el gobernador de Nuevo León.

—*Conforme, general. Yo también los considero adecuados; pero será muy difícil convencer a don Fernando...* —indicó el Primer Jefe.

—*También podría usted llamar al licenciado Vasconcelos* —continuó proponiendo Villarreal.

Las rupturas en el constitucionalismo

—*Ese no; ese no...* —dijo Carranza.

—*Al licenciado Miguel Díaz Lombardo; al doctor Miguel Silva...*

—*Lo pensaré; ya pensaremos sobre los demás* —expresó el Primer Jefe—, *por de pronto, serán nombrados tres: Don Fernando para Relaciones; Cabrera para Hacienda y usted para Guerra.*

UNA JUNTA DE GENERALES

Villarreal habló entonces a Carranza, sobre la necesidad de hacer esfuerzos a fin de evitar el rompimiento con la División del Norte. Don Venustiano aceptó que eso era necesario, e indicó la conveniencia de que se reunieran todos los generales pertenecientes a la División del Noreste, de la que era jefe don Pablo González, para que esta división y la del Norte se entendieran.

Reunidos los generales de la División del Noreste, se presentó ante ellos el señor Carranza, ocupando desde luego la presidencia de la junta; pero advirtiéndole a continuación que no quería que se hiciese pública su presencia en la reunión. Agregó don Venustiano que los acuerdos que ahí se tomaran deberían aparecer como acuerdos de los jefes de la División del Noreste, en los cuales no había tenido la menor participación la primera jefatura.

Durante la reunión, el señor Carranza lanzó graves acusaciones contra los generales Villa y Ángeles, al primero de los cuales insistía en llamar bandido, y al segundo lo pintaba como un integrante cualquiera, insistiendo en que a éste y a nadie más que a éste se debía el acto de indisciplina cometido por los jefes de División del Norte. Agregó que consideraba necesarios todos los esfuerzos posibles para evitar el rompimiento con la División del Norte, ya que éste no haría sino debilitar a la revolución en los momentos en que se pretendía avanzar definitivamente sobre la Ciudad de México; pero que condenaba enérgicamente el acto de indisciplina cometido por Villa y sus lugartenientes, al dirigirse en la forma como lo habían hecho, a la primera jefatura.

COMISIÓN PARA LLEGAR A UN ACUERDO

Sugirió Carranza la conveniencia de que los generales de la División del Noreste se entendieran con los jefes de la división del Norte, para lo cual propuso

que se nombrase una comisión que debería tratar de resolver el conflicto con una comisión del campo villista.

Para integrar esta comisión, don Venustiano propuso a los generales Antonio I. Villarreal, Luis Caballero y Cesáreo Castro, quienes inmediatamente, y por acuerdo unánime de los asistentes a la reunión, quedaron designados representantes de la División de Noreste.

Los tres comisionados se pusieron desde luego en comunicación con los generales de la División del Norte, exponiéndoles sus propósitos de resolver el conflicto pacíficamente. Los jefes villistas recibieron con entusiasmo los propósitos de los comisionados y acordaron que se celebraran las conferencias de avenimiento en la ciudad de Torreón.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 5 de enero de 1936, año x, núm. 112, pp. 1-2.